

allí, pero mirad, los ojos son como me habeis dicho, confidentes que traicionan.

—No temais, seré discreto, ¿pero pensareis en mí, D^a Inés?

—Sí.

—Jurádmelo.

—Pero... os lo juro.

D^a Inés tendió su mano á Valenzuela, que la besó con pasion y luego trémula y emocionada salió lijeramente de la estancia.

Su ausencia se habia prolongado y comenzaban á estrañarla, cuando se presentó.

D. Fernando quedó como espantado de aquella escena.

—Vamos—pensaba—esto está mejor de lo que yo me esperaba, apenas llevo á la corte, y las mujeres se me rinden á discrecion; la alemana, la mexicana, y sepa Dios lo que se me espera; decididamente la fortuna debe venirme por las mujeres, quizá despues me vendrá la desgracia ¡y qué importa! Y lo cierto es, que esta dama tiene razon, no me siento muy capaz de ser constante.... ya veremos.... y D^a Eujenia que me iba ya interesando de veras.... quizá estará pensando en mí.... vamos al salon.

D. Fernando penetró al salon: D^a Inés bailaba, y los ojos de la dama se fijaron ardientes en los de Valenzuela.

Aquella mirada era la rendicion completa de la plaza.

—Esta dama ya no esperará las pruebas de que me hablaba para caer en mis brazos—pensó D. Fernando.

Y se colocó de manera de no perder de vista á D^a Inés.

VI.

En donde se vé, que de todo es capaz una mujer enmorada, y que el amor es un auxiliar poderoso en la política.

scripto

DON José de Mallades habia logrado colocarse cerca de D^a Laura, y hablaba con ella.

—Alma de mi alma—decíala D. José—¿por qué esa nube de tristeza empaña hoy tus miradas?

—Porque mi vida es un tormento—contestó la jóven.

—¿Qué te aflije? no me amas, no conoces cuanto te amo yo? ¿no eres feliz con este amor?

—¡Oh sí! soy feliz, porque me amas y yo te amo, pero no es eso lo que causa mi padecer, no, tú estás comprometido en esa lucha terrible entre el príncipe y el confesor de S. M., y yo tiemblo por tí á cada momento.

—No temas, ángel mio; estoy seguro, y esa lucha no tendrá esos resultados que te espantan.

—¡Ay, amor mio! ó tú te engañas, ó pretendes engañarme para tranquilizar mi corazon, pero yo oigo las conversaciones de S. M. con el padre Nitardo y con D^a Eujenia y dicen cosas que me hacen estremecer.

—Acaso hablan, bien mio, con tanta libertad delante de tí.....

—Sí, porque creen que no comprendo, porque hablan en su idioma.

—¿Y los comprendes?

—Sí.

—¿Sabes el alemán, Laura?

—Por tí le he aprendido.

—Por mí.

—Sí, por tí para escuchar esas conversaciones en que quizá dicen cosas que te interesan y poderlas entender....

—¡Vida mia!

—Sí, Mallades, un día oí pronunciar tu nombre al padre Nitardo, y repetirlo á S. M. y hablaron de tí, porque tu nombre sonó allí varias veces, la ansiedad me mataba, maldije mi ignorancia, lloré y juré aprender el alemán; habia en mi casa una dueña que habia vivido en Alemania y conocia el idioma, le supliqué que me enseñara, y aprendí lo bastante para comprender lo que se habla en palacio.

—Eres un ángel, Laura, ¿y has tenido paciencia para eso?

—Cuando me fastidiaba, pensaba en que era por tí aquel trabajo, y lo tomaba con mas vigor; y mira, amor mio, quizá nada me ha parecido en el mundo tan fácil como aprender ese idioma.

—Eres adorable, Laura.

—Y he oido, que hay en la corte terribles prevenciones contra tí: ¡cuidate, bien mio! cuidate, y yo te avisaré cuanto se trame en contra tuya ó del príncipe; mira, por eso quiero tanto á D^a Eujenia, ella sin saber aún que yo te amaba siempre te ha defendido, y ahora que le he confesado mi pasión lo hace con mas empeño; debemos nosotros

de velar por ella, ella me ha dicho que está apasionada de D. Fernando de Valenzuela, tu amigo, ¿querrás tú ser su protector para que ese hombre no la engañe?

—Sí, Laura.

—¿Me lo prometes? mira que Eujenia es como mi hermana.

—Te lo juro; será mi hermana tambien.

—¡Qué bueno eres! yo se lo diré y quedará muy contenta, porque ella ama de veras á D. Fernando.

—Yo te prometo, Laura mia, que yo cuidaré de D^a Eujenia; los hombres tenemos momentos en que el único freno á nuestras pasiones son nuestros amigos.

—Ojalá que encontrara yo un hombre como tú que te hablara siempre de mí.

—¿Dudas acaso de mi amor, Laura?

—Nunca, ¿pero qué quieres que te diga? el amor nos hace siempre celosas á las mujeres.

Entre tanto D. Fernando habia comenzado á bailar con Inés.

Aunque los bailes de aquellos tiempos no tenian el mismo carácter de los de ahora, ni las damas y los galanes se estrechaban como hoy en los vertiginosos jiros de un wals, ni sus rostros estaban tan inmediatos, ni se confundia su aliento ajitado y ardiente; sin embargo, en aquellos frios y ceremoniosos pasos que se usaban en las cortes europeas, en aquellas manos que apenas se tocaban con las puntas de los dedos, se adivinaban, se traducian los amores, y nunca faltaba á los amantes oportunidad de hablarse y de decirse una frase.

Las miradas de los curiosos son como el precio de los quilates en los diamantes, cuatro quilates en cuatro pie-

dras distintas, no valen ni la mitad de lo que valen si están en una sola: cien curiosos y murmuradores, separados en grupos ó aislados, ni observan ni dicen tanto como dicen y observan si se reúnen.

Antes de terminar la pieza que bailaban Valenzuela y D^a Inés todos decían ya por lo bajo que el joven hidalgo de Ronda olvidaba á D^a Eujenia, y tenía relaciones con la hija del marqués de Rio-florido.

Alguno había oído que Inés decía á D. Fernando.

—Aun no estoy convencida.

Y esto quería decir, según todos, que ella amaba, pero, que temía un engaño—así son las interpretaciones del vulgo—casi nunca son lógicas, pero en sí, siempre son verdaderas.

Otro oyó á Valenzuela que decía con acento apasionado:

—¡Hasta la muerte!

—Claro—interpretaron—sí, eso dice: la está engañando. También era poco lógico, pero muy cierto.

Aquellas voces llegaron, como era natural, muy pronto, á los oídos de Laura, porque las mujeres son más comunicativas, está en su carácter, pero como también está en su carácter encelarse en nombre de sus amigas, cosa que muy rara vez hacen los hombres por sus amigos, Laura se enceló de Valenzuela por D^a Eujenia.

D. José miraba á Laura y advirtió que ella le hacía señas de querer hablarle, el joven procuró acercarse y muy pronto estuvo á su lado.

—Quizá te vas á reír de mí—dijo Laura—pero yo quiero á D^a Eujenia como á mi hermana, y el que la ofende me ofende á mí, porque ella ha sido siempre la que ha tomado tu defensa con S. M. y con el padre Nitardo.

—¿Pues qué pasa, ángel mio?—contestó D. José.

—Pasa que ese Valenzuela, requiere de amores á la hija del marqués de Rio-florido, y que ella le escucha con gusto; esa mujer es muy peligrosa, yo la conozco bien, puede envolver en sus redes á Valenzuela, joven é inesperto; la amará, olvidará á Eujenia, y Eujenia será capaz de morir de dolor porque tiene por él una pasión inmensa.

—¿Pero qué vamos á hacer, Laura?

—¿Me amas?

—¿Puedes dudarlo?

—Pues óyeme. Valenzuela es tu amigo, debes tener influencia sobre él, porque me has dicho que sois los amigos el único freno de los amigos; te lo suplico en nombre de nuestro amor, háblale, apártale de esa mujer; tú puedes conseguirlo, y aun es tiempo, quizá más adelante será ya imposible; D^a Eujenia le ama, es un ángel, joven, hermosa; si él llega á ser su esposo, su suerte está asegurada en la corte, porque D^a Eujenia es la más amada de las damas de Su Majestad. . . . ¿Le dirás, es verdad?

—Sí, le hablaré, porque tú lo deseas.

—Lo deseo, porque segura estoy de que D^a Eujenia haría por mí otro tanto.

—Que no será nunca necesario.

—Lo creo, porque eres un ángel para mí.

—No digas eso, Laura; te amo mucho, pero no todo lo que tú mereces ser amada, voy á hablar con Valenzuela.

—Dios te ampare para convencerlo.

D. José se separó y Laura lo siguió con la vista hasta que lo vió llegar á Valenzuela, y que ambos salían del salón.

Laura estaba tan violentamente escitada, como si se

hubiera tratado de una infidelidad de su mismo amante.

—Quizá os parece extraño, Valenzuela—decía D. José á su amigo en uno de los salones mas apartados, adonde le habia llevado—lo que voy á deciros, pero una dama á quien debo servir con alma y cuerpo háme hecho este encargo.

—Hablad, D. José—contestó Valenzuela—que viniendo de vos todo será bien recibido y cumplido debidamente.

—Como comprender debeis, D^a Laura me obliga á dar este paso.

—Noble y digna señora á quien respeto tanto como vos la amais.

—Gracias: D^a Laura cariño casi de hermana profesa á D^a Eujenia, ¿lo sabíais?

—Sí, que D^a Eujenia háme dicho lo propio.

—Me alegro: así comprendereis hasta dónde llega esa amistad.

—Perfectamente.

—D^a Laura está, puede decirse así, terriblemente zelosa por su amiga D^a Eujenia, á quien habeis jurado amor, y que os ama apasionadamente.

—¿Pero qué motivo?

—D. Fernando, ¿creeis que amor y fuego puedan estar ocultos? la jóven marquesa de Rio-florido os ha hecho olvidar á ese ángel que se llama sobre la tierra D^a Eujenia, que piensa en este instante en vos, y que moriria de dolor si supiera lo que haceis aquí.

En este momento se ajitó un tapiz cerca de los dos jóvenes, y si ellos hubieran estado menos distraidos hubieran visto la hermosa cabeza de Inés que se asomaba, y que desaparecia despues rápidamente.

—D. José ¿creeis que me ama D^a Eujenia?

—Por lo que D^a Laura me ha dicho, creo que esa mujer os ama, y os ama con tal vehemencia, que merece que la adoreis.

El flotante tapiz se ajitó, era seguro que D^a Inés escuchaba allí oculta, la conversacion de los amigos.

—Si yo estuviera seguro de ese amor—dijo hipócritamente Valenzuela—no pensaria jamás en ninguna otra mujer.

—¿Y qué motivo teneis para ponerlo en duda?

—Ninguno, pero desconfio de la verdad de ese amor.

—D. Fernando, yo como caballero os juro que por medio de una dama que vos conoceis he sabido que D^a Eujenia os ama con pasión, con delirio, que sois su primer amor, y que no mereceríais ser llamado hidalgo si os burláseis de ella.

—¿D. José!

—Mirad lo que os digo, D. Fernando; D^a Eujenia os ama; esa jóven está adornada con brillantes cualidades, la reina nuestra señora la distingue, escuchad lo que os digo, porque es un consejo tan sano y desinteresado como os lo podria dar vuestro mismo padre, uníos con D^a Eujenia, tendreis una esposa envidiable, y hareis una brillante carrera en la corte.

—Pero podríais decirme de dónde inferís que no amo á D^a Eujenia, que la olvido?

—Valenzuela, vuestra conducta en esta noche, vuestros mal disimulados galanteos á la marquesita de Rio-florido, la complacencia de ella; D. Fernando estais en una pendiente muy peligrosa. . . .

—Temeis acaso. . . .

—Todo lo temo por vos y por D^a Eujenia; vos no conocéis aún lo que es la hija del marqués; cien aventuras escandalosas os referirán de ella en la corte; estoy seguro de que llegará á fascinaros, y olvidareis á D^a Eujenia, pero también lo estoy de que os olvidará cualquier día: D. Fernando, ¿podeis poner en paralelo á D^a Inés con D^a Eujenia? ¿merece la que os ha jurado su primero y único amor, y que os ofrece un porvenir brillante, que la olvideis por la que os mira solo como una conquista de capricho?—contestadme.

—Teneis razon—dijo con acento de conviccion Valenzuela.

El tapiz se ajitó con mas violencia.

—Prometedme — continuó Valenzuela — que cortareis ahora que aun es tiempo esos nacientes amores con D^a Inés, prometédmelo, ved que no me impulsa mas interés que el cariño que os profeso y el que D^a Laura tiene por Eujenia.

—Os lo prometo—contestó Valenzuela estrechando la mano de su amigo.

—Estoy seguro que cumplireis.

D^a Inés, que escuchaba oculta detrás del tapiz, llevó las manos á la boca para contener un grito que estaba próximo á escapársele.

Sintió un desvanecimiento terrible, y tuvo que apoyarse en el muro, pero muy pronto se repuso y con sorda voz exclamó:

—¡Me vengaré! ¡me vengaré!

D. José Mallades y Valenzuela, conversando acerca de cosas indiferentes, volvieron al salon.

Poco despues de ellos llegó también D^a Inés. Todos no-

taron que estaba estraordinariamente pálida, y que procuraba demostrar una alegría que no era natural; pero nadie supo á qué atribuir esto.

Durante el resto de la noche, D. José, y Valenzuela se encontraron diversas veces con Inés, y ella les habló con tanta amabilidad como si no hubiera escuchado la conversacion que habian tenido ambos.

Solo al despedirse Mallades, un curioso observador hubiera podido notar un relámpago de furor en las miradas de la bella marquesita de Rio-florido.